



ACTUALIDAD

1

DE LA MALA CONCIENCIA, A LA CONCIENCIA POSIBLE El 31.º Congreso del PSOE

Ramón VARGAS-MACHUCA

Los congresos son, por definición, un momento importante en la vida de los partidos. En ellos se confirman, o se transforman, los programas y los idearios. En los congresos se consolida, o modifica, una determinada distribución del poder interno en el seno de la organización. A pesar de ello, no parece que la opinión pública esté muy convencida de que las decisiones que puedan tomarse en los mismos vayan a tener una incidencia trascendental en la vida de los ciudadanos. Estos, incluso los que simpatizan con el partido en cuestión, se toman sus distancias en relación con lo que pueda ocurrir en el transcurso de un congreso de partido.

Atribuir este desinterés al recelo secular de una buena parte de los ciudadanos por la acción política, no me resulta del todo convincente. En este caso

sucede, más bien, que los propios congresos suelen transmitir a la opinión pública un aire de liturgia particular, de ajuste de cuentas interno, de rito para iniciados, que

***El partido socialista ha
tenido que desprenderse
a marchas forzadas de
ciertas creencias
y determinados prejuicios
si quería acercarse a la
realidad.***

hace que la gente tome sus distancias, o den la espalda a las deliberaciones y resoluciones de aquéllos.

En los congresos reaparecen los mitos propios, se reafirma la lealtad a los orígenes y, sobre todo, se hace gala de una jerga, y de un rutinario academicismo, que no hace sino mostrar el desgaste de cierta cultura política y su lenguaje. En particular, los congresos de los partidos de izquierda suelen brindar la oportunidad para que en ellos aflore la mala conciencia, para que se ponga de manifiesto, con todo su dramatismo, el malestar que provoca la percepción de la distancia o el abismo entre lo que diariamente se va consiguiendo y lo que se esperaba, entre los resultados de un programa de acción y el ideal representado en la doctrina.

Un aire distinto

Por eso, si algo hay que agradecer, de entrada, al 31.º Congreso del PSOE, es el esfuerzo realizado en el mismo por alejarse de esa liturgia congresual, por huir de una retórica que busca consuelo al *impasse* del presente y a las incógnitas del futuro, sólo mirando hacia atrás o hacia sí mismo. Y tiene el PSOE motivos más que sobrados para alejarse del modelo habitual. En primer lugar, no pocos han sido los disgustos que le ha supuesto mirarse en el espejo de sus congresos. Ahí encuentra

propuestas, algunas imposibles de cumplir, otras contradictorias y, sobre todo, la sensación de que el universo de realidades, pronósticos y objetivos que allí se representaban poco tenían que ver con lo que, más allá de las puertas del congreso estaba ocurriendo. En segundo lugar, cuando se dispone del poder del Estado para intentar cumplir los compromisos políticos contraídos, toda apuesta política no representa para los intereses y expectativas de los ciudadanos un brindis al sol ni una piadosa declaración de intenciones, por el contrario, su cumplimiento se transforma en un reto ineludible e inaplazable.

Hasta hace muy poco, la cultura política del socialismo se componía de un conjunto diverso de tradiciones, descripciones de la realidad y proposiciones de futuro, que no estaban pensadas para la sociedad española de nuestros días, ni para ponerlas en práctica sirviéndose del poder del Estado —y de un Estado tan particular como el español—. Eran ideas pensadas más allá de un horizonte de poder. Es más, representaban, en relación al poder, su propia impotencia o, en todo caso, un *ethos* de resistencia. El Partido Socialista ha tenido que desprenderse, a marchas forzadas, de ciertas creencias y determinados prejuicios si quería acercarse con un mínimo de acierto a la realidad. Ese esfuerzo, que ha sido fruto más bien de la necesidad y no tanto una virtud procurada, le ha permitido al PSOE presentarse ante este Congreso desembarazado de los «tics» con los que cualquier partido de izquierda suele acudir a sus congresos. Este, por lo tanto, no ha sido el Congreso de la mala conciencia, sino, al menos, el de la conciencia de la realidad que le rodea. Los textos del Congreso huyen de toda mistificación, expresan una evaluación razonable de los objetivos políticos alcanzados en diez años de democracia, advierten de las insuficiencias y errores que se han producido, reconocen el calado de las transformaciones sociales que están ocu-

riendo en nuestro contexto civilizatorio. Y, aunque el Congreso asume con sus silencios y ambigüedades la cuota de perplejidad que dichos cambios obliga a pagar, también el socialismo democrático, sin embargo, sigue apelando a la vigencia de su memoria ética, como razón que justifica el diseño de una oferta programática, posible y progresista para los próximos años.

Que la izquierda menos arcaica abandone definitivamente los predios del dogmatismo, es una buena noticia. Este Congreso no ha desaprovechado la ocasión para adherirse a ese talante intelectual que recela de las respuestas completas y definitivas a problemas cuya novedad y complejidad no resiste la contestación de pronuntario por todo remedio. Así, la ponencia, el debate y, finalmente, las resoluciones, no han terminado cerrando las cuestiones pendientes, más bien han favorecido que el partido, huyendo de todo espejismo, termine reconociendo cuáles son los verdaderos problemas y los grandes desafíos de la sociedad contemporánea, y cuál el alcance y los límites, en las actuales circunstancias, de nuestras respuestas posibles. Es, en este sentido, que éste ha sido un Congreso distinto.

Luces y sombras de un balance

Comienzan las resoluciones del Congreso haciendo un reconocimiento de los logros políticos alcanzados en España en los diez últimos años, y de la contribución socialista a que eso fuera así: «Hemos dejado atrás —dice el preámbulo— definitivamente problemas e incertidumbres históricas de nuestro destino colectivo. Este nuevo período de nuestra historia ha sido construido por todos los ciudadanos; los socialistas podemos sentirnos orgullosos de nuestra contribución a la tarea colectiva de edificar una democracia donde han arraigado las libertades y los derechos de

*En un país como el
nuestro los gestos y las
imágenes son un
elemento importantísimo
de pedagogía política.*

los ciudadanos y de los pueblos, una sociedad moderna, inserta en Europa, con un futuro en el que los problemas no oscurecen la esperanza, ni la voluntad de los socialistas de continuar siendo el instrumento aglutinador de todas las fuerzas del progreso.»

Que en España exista una democracia consolidada, que los desajustes básicos de la economía estén siendo corregidos razonablemente, y que este país sea mucho más respetado en el mundo, no deja de ser, por sabido, un éxito extraordinariamente singular para quien conoce la historia de España y, por tanto, algo de lo que, partidos como el socialista, tienen todo el derecho a poner en su haber, de un modo no exclusivo, pero sí preeminente. Pero, afortunadamente, el Congreso no se ha instalado simplemente en el auto-bombo, sino que, a renglón seguido, ha abordado, en primer lugar, el examen de las deficiencias que, durante los últimos años, se han acumulado en el debe del partido y, en segundo lugar, ha advertido que, una vez cubiertos satisfactoriamente aquellos objetivos que podrían denominarse «nacionales», ha llegado la hora de aportar soluciones propias y nuevas para una sociedad con retos similares a los de los países desarrollados.

Del análisis de las deficiencias y dificultades, así como de sus causas, se puede concluir que el PSOE reconoce un cierto

*La izquierda se debate
entre la fidelidad al
pasado, el vértigo del
futuro y la incertidumbre
ante los quehaceres del
presente.*

declive de su credibilidad. Eso se achaca a diversas causas, pero quiero detenerme en la alusión del Congreso a dos de ellas: la pérdida de la capacidad de comunicación y ciertos comportamientos contrarios al estilo moral que se supone a los socialistas. ¿A qué se debe, a fin de cuentas, la pérdida de la capacidad de persuasión del partido y del Gobierno? En primer lugar, a que se han cegado circuitos privilegiados de intermediación con la sociedad. Así, aquella inicial luna de miel entre el Gobierno socialista y los sectores más dinámicos que, se quiera o no, en una sociedad desarrollada, actúan como promotores de legitimación social, se ha ido transformando en recelo e incomunicación. Esto, obviamente, ha impedido trasladar con nitidez a la opinión pública el alcance de muchas iniciativas del Gobierno, tampoco ha favorecido el asentamiento de un sentido de solidaridad frente a la inercia del impulso corporativo y, por último, ha privado al partido y al Gobierno de información y de opiniones eficaces que permitieran dar con las respuestas que armonizaran, de la mejor manera posible, intereses muy diversos, concitando así el menor rechazo social posible.

En segundo lugar, y así lo reconoce el Congreso, la pérdida de credibilidad y de confianza va unida, también, a que no se ha ejercido la suficiente firmeza a la hora de erradicar determinadas prácticas políticas, y evitar actitudes personales que re-

pugnaban con la tradición de austeridad y de moralismo de la que ha hecho gala el PSOE desde su fundación. En ocasiones, por ejemplo, se ha visto cómo los destellos del poder de siempre, los símbolos de sus convenciones más reaccionarias han deslumbrado a más de un gobernante de izquierdas, que se ha dejado raptar por la quincalla del viejo estilo de vida. Advierte, asimismo, el Congreso, de las consecuencias que se derivarían para el partido si no se acaba de una vez con los casos de clientelismo, patrimonialización u oligarquización del partido, que no son sino formas de apropiación privada y de enajenación ilegítima de los intereses públicos. Me parece bien que el Congreso llame la atención sobre estas conductas, aunque constituyan fenómenos aislados, por lo siguiente: en un país como el nuestro, con tan escasa cultura política, con tan poco aprecio por la acción política, que tiene tras de sí una larga historia de fracasos de cuantos procesos de reforma se han intentado en su historia a través de lo público y estatal, los gestos y las imágenes son un elemento importantísimo de pedagogía política, y contribuyen a fortalecer la credibilidad en los fines de las grandes decisiones programáticas de los gobiernos y de los partidos.

**Una realidad en profundo cambio,
y una izquierda perpleja**

Decía más arriba que los textos del Congreso denotaban una cierta frescura intelectual, lo que favorecía una aproximación más ajustada a la realidad. Y si algo distingue, principalmente, a la que nos rodea, es la envergadura de las transformaciones sociales que se están produciendo en nuestras sociedades. Aludir a las transformaciones científico-técnicas y a su trascendencia, constituye, hoy en día, por reiterado, una alusión trivial; pero lo cierto es que los procesos de transnacionalización han puesto en cuestión, por ejemplo, mu-

chas de nuestras apelaciones al poder del Estado, que los cambios productivos y de la sociedad laboral arremeten contra nuestras creencias en la solidaridad de clase y la centralidad obrera, favorecen la segmentalización de intereses y la aparición de pseudoclasas.

Igualmente, los desarrollos de las tecnologías de la información y la comunicación, su poder transformador de los comportamientos culturales, producen en las ideologías políticas, sobre todo, desconcierto y desasosiego. Pues bien, es de agradecer que la aproximación del partido a los problemas del desarrollo tecnológico no sea para reproducir toda una literatura de recelos, sospechas y lamentaciones; por el contrario, toma nota de la naturaleza ambivalente de este proceso, que puede acarrear consecuencias liberadoras o destructoras para la humanidad, que puede incrementar la información y el poder de los individuos, o transformarse en un instrumento de manipulación de los mismos. Sólo el conocimiento de su capacidad de mutación de las condiciones de vida y de innovación cultural, y sólo las decisiones políticas que, a partir de ese conocimiento, se adopten, determinarán que dichas transformaciones terminen siendo emancipadoras o destructoras.

En cualquier caso, bueno es que desde el principio tengamos claro cuál es la situación de partida ante la que nos sitúan los desafíos del presente, y reconozcamos que el dinamismo social va por delante de la capacidad de respuesta de la política. La izquierda ha estado confiada en su poder para pronosticar el futuro y transformar el presente, pero lo cierto es que las grandes transformaciones de la contemporaneidad han sido, a la postre, más consecuencia del desarrollo social y científico-técnico que de las intervenciones políticas, y hoy el pensamiento progresista se siente a remolque de este proceso de cambio. En un clima de desconcierto, de cierto descre-

dito de las creencias ilustradas y del auge de las inclinaciones irracionalistas, la izquierda política ha extraviado su hegemonía cultural. De este vacío se ha aprovechado la derecha para enarbolar con éxito las viejas banderas; mientras tanto, la izquierda se debate entre la fidelidad al pasado, el vértigo del futuro y la incertidumbre ante los quehaceres del presente. Por eso, el reto de la izquierda europea es si será capaz de dirigir un proceso de cambio de estas características.

Razones y programas

Ante una situación como ésta, se pregunta el Congreso: ¿Con qué contamos? En primer lugar, con las razones propias, que son las que dan sentido a un proyecto político y lo diferencian de otro. Sin un horizonte de ideas con las que contrastar las decisiones, toda opción política acaba siendo una opción no sólo inmoral, sino, también, irracional. Por eso, el Congreso reafirma su identificación con la tradición progresista, la vigencia de sus valores emancipatorios en una formulación más acorde con el desarrollo actual de la cultura moral. De ahí que el socialismo democrático reivindique la libertad en cualesquiera de sus dimensiones, bien como la capacidad de intervención y de decisión de los individuos en la organización de lo comunitario (lo que se conoce como «libertad de los antiguos»), bien la libertad

***La concertación es un fin
en sí misma, en tanto
que posibilita la
concreción histórica del
ideal de la democracia
participativa.***

entendida como ausencia de restricciones («libertad de los modernos»). Por otra parte, la apuesta por la igualdad no es la postulación de un igualitarismo nivelador, sino la lucha contra toda explotación, contra la desigualdad de poder que aquélla consagra. Que en este contexto el Congreso haya subrayado la naturaleza fundamental de la lucha contra la desigualdad por razones de sexo es, a todas luces, un síntoma de progreso intelectual. Por último, frente a la oleada de egoísmo corporativo, de reclusión en lo privado, apelar a la solidaridad como expresión contemporánea de la fraternidad es alimentar una de las tradiciones morales más acreditadas por la cultura política de izquierdas.

Y para ir ajustando la vida social a estos valores no hay otra forma política que la democracia, entendida como procedimiento de decisión colectiva y como virtud cívica, cuyo ejercicio y profundización favorecen al enraizamiento social de la libertad, la igualdad y la solidaridad. Con esto, el Congreso continúa la costumbre de definir al socialismo democrático como profundización de la democracia, y sintoniza con aquella cultura moral que considera la democracia, el consenso, la comunicación dialógica, el autogobierno, como la expresión más adecuada de ideal progresista de la libertad igualitaria.

Para una tradición política como la de izquierdas, acostumbrada a hacer uso de

***Racionalismo,
individualismo solidario,
libertad igualitaria, son
los valores de la tradición
política que debe
recuperar para sí la
izquierda europea.***

un repertorio muy completo de respuestas, las proposiciones ideológicas del Congreso pueden parecer insuficientes. A mi juicio, el Partido Socialista ha hecho un esfuerzo interesante en los últimos años, que en este Congreso ha ratificado, para desembarazarse de una pereza ideológica que sólo conduce a la esterilidad. Pero, a la vez, esto ha producido una explicable satisfacción e inquietud al descubrirse carencias e incertidumbres que, hoy por hoy, aquejan al pensamiento político progresista ante una situación como la presente. Así las cosas, hay quienes, desde las filas del socialismo incluso, pretenden acabar de una vez con esta zozobra, actuando ya como si diesen por agotados todo estímulo ideológico proveniente de la izquierda, instalándose cínicamente en el mimetismo de la derecha, con la coartada del anuncio de la defunción de todo lo ideológico. Pero cabe, sin embargo, otra actitud de mayor lealtad intelectual como es la de abrir, sin exclusiones ni hipotecas, un debate sobre las señas de identidad y el diseño estratégico del socialismo democrático, atendiendo a las demandas de una sociedad en transformación cuyos derroteros ni sospechábamos hace unos años. El Congreso ha apostado por esta solución asumiendo la iniciativa del Programa 2.000, que invita a la discusión a cuantas personas, de dentro y fuera del partido, estén interesadas por el porvenir del socialismo. Es bueno que la dirección del partido dé cumplimiento a este sentir del Congreso: que no recele de la discusión de las ideas, y convoque a quienes sientan la necesidad o el deseo de aportar sus razones a este empeño. Puede ser un diálogo sin precedentes en nuestro contexto, y una ocasión única, cuyas consecuencias serán, sin duda, estimulantes para la sociedad española y para el socialismo europeo.

Pero un partido político, y menos un partido como el socialista, con importantes responsabilidades de gobierno, no es un instituto de análisis y prospectiva, ni

simplemente una fundación ideológica, sino que debe promover políticas concretas como respuesta de actualidad a las demandas del momento. ¿Qué pueden esperar los ciudadanos para los años próximos de la acción política de los socialistas? El Congreso ha formulado así sus objetivos para el futuro inmediato: hacer que los españoles obtengan unos servicios, una calidad de vida y unas oportunidades similares a las que están al alcance de la media de los europeos. Ahora bien, ése no debe ser un logro al precio de acrecentar las desigualdades y dejar en la marginación, o en el camino, a aquella parte de la sociedad peor situada al inicio de la travesía. En realidad, detrás de las políticas concretas y de las iniciativas sectoriales por las que abogan las resoluciones del Congreso hay tres objetivos básicos: crecimiento solidario, fortalecimiento de un Estado democrático, eficaz y redistributivo y, por último, avanzar hacia la democracia participativa. Con ello se conseguirá incrementar el bienestar de los españoles y disminuir las desigualdades de su sociedad. La convicción del Congreso es que para hacer triunfar un programa de esta naturaleza, que procure, en definitiva, eficacia y justicia, que apueste por la racionalidad y la solidaridad, se requiere el concurso de dos elementos básicos: ganar la apuesta de la reforma en profundidad del Estado y corresponsabilizar con el proyecto a una buena parte, al menos, de la representación social de los intereses.

El Congreso, al definir sus propósitos en relación con el Estado, expresa una voluntad muy precisa: mejorar los servicios públicos de carácter universal, como la educación, la sanidad y la justicia, y lograr una administración a la vez descentralizada e integrada, democrática y eficaz. El Congreso apuesta, pues, por un Estado fuerte, en tanto que capaz de cumplir sus funciones, eficaz, transparente y participativo. El Estado así ideado es, desde la concepción del socialismo democrático, un instru-

***El partido socialista
transita paulatinamente
hacia una nueva cultura
política que se está
formando al ritmo de las
mutaciones sociales.***

mento y un espacio idóneos para la promoción y consolidación de programas de naturaleza progresista. Ahora bien, acortar las distancias entre ese ideal y el Estado concreto que padecemos sigue constituyendo uno de los desafíos más urgente y pendiente para los socialistas españoles.

En una sociedad como la española que, a pesar de ser cada vez más abierta, pluralista y desarrollada, sigue arrastrando inercias corporativas y de disgregación, y que recela de todo proyecto universalizador, de cualquier apelación al interés general, no resulta fácil hacer triunfar un programa de objetivos como el propuesto por el Congreso para los próximos años. Al fin y al cabo, se exige asumir un conjunto de renuncias y beneficios en el convencimiento de que ese esfuerzo de adaptación y renovación terminará garantizando a la inmensa mayoría el resultado más ventajoso posible. En mi opinión, el éxito del programa y el cumplimiento de los objetivos depende, en buena medida, de que los interlocutores y receptores sociales del mismo lo asuman como propio, conscientes de que de su rechazo sólo se derivarían consecuencias inevitablemente más negativas que de su aceptación. Pero, para corresponsabilizar a los agentes sociales más relevantes con el desarrollo de estas políticas previstas en el Congreso, hace falta que se ofrezcan, a su vez, mayores posibilidades de participación a la hora de las decisiones. De ahí que el Congreso, al

Europa resulta el espacio propio para las propuestas e iniciativas que brotan de las tradiciones del socialismo democrático.

impulsar como objetivo la profundización de la democracia, mayor redistribución del poder, promoción de nuevos espacios de participación democrática como productores, consumidores y ciudadanos en general, no esté haciendo un brindis al sol, sino que de alguna manera está vinculando muy seriamente el éxito de sus políticas a la concertación, primero, y al desarrollo de la democracia participativa, después. La concertación —y esto no lo afirma expresamente el Congreso, pero muy difícilmente puede no sobreentenderse— no es sólo un medio que haría más fácil la consecución de los objetivos previstos, en tanto que la paz social puede considerarse, hoy en día, fuerza productiva, sino que, desde la concepción del socialismo democrático, es un fin en sí mismo en la medida en que la práctica de la concertación favorece el consenso, el autogobierno, la extensión de la democracia al universo social y económico, en fin, posibilita la concreción histórica del ideal de la democracia participativa.

No quería pasar por alto, en este repaso de las políticas concretas recomendadas por el Congreso, la dimensión europea que debe tener el horizonte de objetivos comentados. No es pensable, y muy particularmente en nuestro caso, debido a la fragilidad de nuestro proceso histórico de modernización, que fueran los límites de lo nacional el ámbito autosuficiente para llevar a cabo una tarea como la que aquí se

propone. Las dificultades del Estado moderno para dar cumplimiento a las funciones para las que es requerido y la transnacionalización, como fenómeno social contemporáneo, empujan a concebir escenarios más amplios a la hora de encontrar una respuesta razonable a los grandes desafíos del momento. Europa resulta, a juicio del Congreso, el espacio propio para ir poniendo en práctica las propuestas e iniciativas de futuro que brotan de las tradiciones del socialismo democrático.

Peter Glotz ha venido glosando, de un modo atractivo en los últimos tiempos, la identidad y la actualidad europea de ese socialismo democrático. El viejo continente posee la experiencia suficiente para impulsar desde nuevas bases los valores de la modernidad y de la tradición ilustrada. En un mundo en el que las amenazas son tan grandes como las posibilidades de transformación liberadora, existen más que nunca motivos para apostar por una reconstrucción de aquella cultura, aunque no falten los que continuamente vocean su agotamiento. Como dice Habermas, no hay más cura para las heridas de la Ilustración que la propia Ilustración radicalizada. Racionalismo, individualismo solidario, libertad igualitaria, resolución no violenta de los problemas, son los valores de la tradición política que debe recuperar para sí la izquierda europea, con ambición y con toda razón histórica. Esa será una opción infinitamente más fértil que alimentar su desconcierto con el miedo al apocalipsis o con la meditación oriental.

Transición a una nueva cultura de izquierda

No quería, por último, dejar pasar la ocasión sin llamar la atención sobre lo que, a mi juicio, y más allá de los acuerdos del Congreso, constituye lo más singular del mismo. Este ha sido un Congreso, sin

duda, de transición: no porque el contexto político general o la vida orgánica del partido expresen un especial aire de provisionalidad, sino porque las discusiones, las proposiciones, el Congreso en sí, revelan bien a las claras que el partido transita paulatinamente de una cultura política, en la que la inmensa mayoría de nosotros hemos forjado nuestras razones y opciones políticas, hacia una nueva cultura política que se está formando al ritmo de las mutaciones sociales.

La izquierda, en España, ha vivido durante años instalada en una abigarrada constelación de creencias, unas de origen marxista, otras libertarias, algunas laicas y racionalistas, y no pocas religiosas. Era una cultura política de resistencia y para la resistencia, que se definía, generalmente, como negación; era, por antonomasia, «anti»: antifranquista, anticapitalista, antireformista, antiyanki, antiestatalista. Pero, cuando la resistencia fue ya sólo un relato del pasado —al menos para el sentido común de la inmensa mayoría de los españoles—, y cuando muchos de los mitos ideológicos que le acompañaron han perdido su vigencia, se quedaron sin las razones que le daban consistencia y sin capacidad para resolver cualesquiera de los problemas del presente, la izquierda comenzó a sentir que todo se movía bajo sus pies y cunde el desconcierto. Ante esta situación hay, sin embargo, quien prefiere mantenerse fiel a lo de siempre, consolando su desencanto con el expediente fácil de llamar a quien cambia arrepentido o renegado. Hay, también, quien en esta circunstancia considera que la única actitud elogiada es, ante todo, salvar la coherencia moral de sus opciones, instalándose por principio en la disidencia, dado que todo compromiso terminará resultando insatisfactorio y distorsionador a la luz de cualquier trascendental moral. Pero la apelación a las declaraciones de principios, el recurso a las viejas recetas o la disidencia, todas ellas opciones moralmente

***Una nueva izquierda
debería recuperar para sí
aquel sentimiento
ilustrado en favor del
individuo como fin
y nunca como medio.***

respetables y alguna de ellas, en muchos casos, más que respetables, necesarias, no suelen contribuir a resolver la incógnita diaria de cuál de las opciones posibles en presencia es la más racional y la más ventajosa desde la perspectiva de los fines que se persiguen. Así, pues, mientras determinados discursos sobre lo ético invitan a decir no o a abstenerse, la acción política por su propia naturaleza exige decidir por uno u otro plan de acción concreto.

Así, por ejemplo, la complejidad de los problemas con los que se enfrenta una política económica no encuentran respuesta satisfactoria con el recuerdo de la maldad esencial del capitalismo y del mercado, sino en programas, cuyo éxito suponga tanto una disminución progresiva de las condiciones de explotación y de las desigualdades de poder, como el incremento del bienestar de aquellas sociedades a las que dichos programas están dirigidas. Los socialistas llevan años insistiendo en que la prioridad suprema de la política económica del Gobierno es la creación de empleo, pero sabemos que para conseguir dicho objetivo es una condición necesaria tener éxito en la resolución de otros desajustes, también importantes, de la economía española, aunque éstos puedan ser considerados, desde el punto de vista moral o político, instrumentales o secundarios, pero sin cuyo concurso difícilmente se podría conseguir la prioridad de las prioridades. Así, decimos

***El Congreso del PSOE
no ha sido el Congreso de
la mala conciencia, sino
el de la conciencia
posible.***

que hay que crecer, aumentar la inversión, el excedente de explotación de las empresas, controlar la inflación, promover el ahorro, moderar los salarios, reducir el déficit público... Claro que lograr todo esto supone articular un conjunto de acciones sectoriales cuyas consecuencias inmediatas, al menos, no se compadecen mucho con lo que desde la izquierda por lo común se había entendido como políticas económicas del socialismo. Este razonamiento constituye, hoy en día, un lugar común, una obviedad que ningún político de izquierdas mínimamente responsable se atrevería a minusvalorar públicamente, aunque, justo es decirlo, hace cinco años no era algo tan claro, ni siquiera para quienes se disponían a asumir entonces las responsabilidades de Gobierno en el país.

Se ha destacado en el Congreso la prueba que supuso para el partido afrontar el referéndum de la OTAN. A mi juicio, las dificultades que aquello representaba no encuentran su explicación más importante en el hecho de que hubiera que desdecirse, o en la existencia de una opinión pública desfavorable, sino en que allí se estaba librando un duro enfrentamiento entre nuestra conciencia anterior —la cultura de resistencia—, la que nosotros mismos habíamos alimentado como lo más plausible de nuestro propio pasado como izquierda, y la necesidad de reconocerse en una forma nueva de afrontar la acción política desde la izquierda. Los ciudada-

nos asistieron perplejos a este ajuste de cuentas de la izquierda consigo misma, entre aquella parte de la izquierda, y de nosotros mismos, que se sentía comprometida con los estímulos y exigencias de su cultura de siempre, y aquella otra a quien la responsabilidad o la necesidad hacían ver que sus planes de acción y las prioridades ineludibles, determinadas por las exigencias de la realidad, poco podían esperar de los compromisos y los discursos de ayer. Es la mayoría de la sociedad española, instalada en otro horizonte de expectativas y demandas, la que, más allá de nuestras propias incongruencias y desconciertos como izquierda, termina optando por lo que, según su institución, mejor parecía responder a sus intereses y sospechaba le acarrearía consecuencias menos perjudiciales. En un clima de incertidumbre, la mayoría apostó por el principio del mínimo riesgo, eligió la regla «maximin», que diría Rawls, es decir, aquella alternativa cuyo peor resultado sea superior al peor de los resultados de las otras alternativas. El resultado del referéndum, más que una victoria del PSOE fue, ciertamente, una advertencia, pero también toda una lección y una invitación a renovarse para toda la izquierda española.

Por todo eso hay que saludar positivamente que este Congreso haya supuesto explorar una nueva sensibilidad, transitar por los caminos, ciertamente no muy definidos, de las nuevas formas de ser de izquierdas, y que se haya desembarazado de una respetable, pero ya anacrónica conciencia, que identificaba acción política de izquierda con el fundamentalismo, la reiteración de los principios y el desinterés por los medios y procedimientos.

En un contexto democrático, las decisiones políticas y las expectativas que en dicho contexto pueden generarse no se circunscriben, por lo común, a la práctica de la disidencia como criterio. Más bien, la acción política se orienta a la promoción

de planes de acción y a la definición de estrategias, que tienen que ver mucho más con las exigencias del procedimiento democrático y la lógica de la acción racional que con cualquier metafísica de la historia o cualquier forma de dogmatismo moral o epistemológico. Además, la relevancia y plausibilidad de dichos planes de acción vendrán, a la postre, definidas por su mayor o menor viabilidad, es decir, en función de sus posibilidades de éxito y fracaso. La acción política así concebida conlleva tomar decisiones en un escenario de incertidumbre, sabiendo que esas decisiones deben ajustarse a criterios de racionalidad —definir objetivos, disponer de unos medios para alcanzar aquéllos y realizar el uso de esos mismos de forma adecuada a los objetivos— y ser, al mismo tiempo, compatibles y coherentes con los valores que se intentan incorporar a la vida social y con los objetivos generales que dan consistencia propia al proyecto político de que se trate. Las opciones políticas se diferencian por la forma en que cada una intenta, en sociedades realmente existentes, aplicar esos criterios y conectar a su manera los objetivos de carácter general con programas concretos de acción. En consecuencia, un elemento esencial de la nueva cultura de izquierdas es la recuperación de una concepción de la acción política como modo particular de la acción racional.

Si, como dijimos más arriba, las acciones políticas en un contexto democrático deben ser respetuosas con el procedimiento democrático de decisión, ello representa, desde una perspectiva de izquierdas, apostar por el reformismo, es decir, la aceptación de las reglas del juego, de la democracia como fin, del individualismo ético, del pluralismo y la tolerancia, de la resolución de los problemas por procedimientos pacíficos; la aceptación, en fin, del gradualismo y la provisionalidad de los cambios entendidos como un proceso siempre inacabado, que no reconoce ni fines predeterminados ni tampoco lími-

tes. Así, pues, la racionalidad, la democracia y el reformismo son componentes de la nueva cultura de izquierda, y es de agradecer que los mismos hayan empezado a manifestarse de una manera no vergonzante en las resoluciones del 31.º Congreso del PSOE.

Apostar por una concepción de la política de esta naturaleza no significa en absoluto ni una abdicación de los principios ni un desinterés por los valores. El que los viejos mitos no sean ya de recibo en nuestro contexto cultural, o el que los objetivos de nuestra acción no estén definitivamente —dogmáticamente— justificados, ni avala el desinterés intelectual o la desconsideración moral por los planes de acción específicamente políticos, ni supone tampoco renunciar a un horizonte de referencias éticas en la acción política. Instalarse en ese prejuicio maniqueo que agranda el abismo entre fines éticos y medios políticos, entre acción moralmente orientada y acción estratégica, no conduce a otra cosa que a una progresiva deslegitimación de los programas y a una cada vez mayor idealización de los discursos morales sobre la política. Así, es fácil llegar a una situación en la que la moral encuentre autocomplacencia en un «discurso de vacaciones» y la política se atrinchere en una apelación al pragmatismo, en la pérdida creciente de toda perspectiva moral y racional.

La nueva cultura de izquierdas recupera una concepción de la acción política como modo particular de la acción racional.

Orientarse, pues, hacia una nueva cultura de izquierdas es esforzarse por recomponer una concepción de la acción política que no pase por la reducción de aquélla a la simple formulación de contenidos éticos, ni tampoco por la pretendida autonomía de la política respecto a la ética. Pues bien, me atrevería a señalar que el 31.º Congreso quiere huir de esos dos extremos, ya que se expresa en el mismo, como he puesto de manifiesto con anterioridad, una apuesta por determinados valores. Estos intervienen en la política como marco de referencias, fuente de inspiración y punto de apoyo para la crítica de la realidad social; contribuyen, en una palabra, a definir la propia razonabilidad de las decisiones políticas. Es más, la moralidad es algo interno, consustancial a la naturaleza de toda actividad política, porque la justificación de ésta no se reduce a la consideración de su racionalidad instrumental, sino que está vinculada a instancias de legitimación, o sea, a la promoción de determinados valores, a la coherencia de sus programas con ese marco de referencias valorativas. Racionalidad y moralidad son elementos interdependientes de la acción política, de tal manera que un programa político puede definirse como un proyecto de legitimación moral para un conjunto de acciones o medidas de gobierno con pretensión de racionalidad.

Pero es obvio que los programas políti-

***La acción política no tiene
como fin propio la
reconstrucción de un
discurso sobre
lo moralmente plausible.***

cos no pueden reducirse a simple tautología, reiteración, paráfrasis o reconstrucción de un ideario político-moral, teniendo así siempre asegurada la coherencia o la identificación entre iniciativa política y objetivos últimos. La acción política no tiene como fin propio la reconstrucción de un discurso sobre lo moralmente plausible, sino la determinación de estrategias y planes de acción que demuestren ser los más capaces a la hora de aproximar a las realidades concretas los valores proclamados en el ideario del proyecto político en cuestión. La política no es el reino de los fines, sino de los medios que son la prefiguración y la realización histórica del fin en la medida que su misión es la de ir ganando nuevos ámbitos de la vida social para la implantación progresiva de los valores que dan sentido al programa. Sin que se diga expresamente, es fácil intuir que la intención del Congreso y de sus resoluciones es la de adentrarse por una concepción de las relaciones entre ética y política de esta naturaleza.

Por último, quiero referirme a otro síntoma de la aproximación del Congreso hacia nuevas formas de manifestarse hoy la identidad de izquierda. Hasta hace muy poco, las proposiciones de los congresos de los partidos de izquierdas, y del PSOE en particular, han tenido como destinatario permanente y muy privilegiado a un «sujeto» idealizado: la clase obrera, en los términos en los que, sin modificación, venía siendo concebida desde hacía más de un siglo, con sus demandas definidas de una vez por todas, su destino y unidad esencial, su condición históricamente privilegiada... Hoy en día, las transformaciones sociales han impuesto una realidad tan distinta que poco se resolvería con un discurso cuyo destinatario fuera un «sujeto» ya bastante escindido y una tropa diezmada. De ahí que una nueva izquierda, en un mundo propenso a aturdir, manipular, e incluso capaz de aniquilar a las personas, debería recuperar para sí aquel senti-

miento ilustrado en favor del individuo como fin y nunca como medio, rescatar de las manos de la derecha la apuesta por un individualismo ético y socialmente responsable y, en fin, ofrecer un proyecto de liberación, no tanto a la nación, a un grupo o a una clase, sino a los individuos concretos, especialmente a quienes soportan, en la actualidad, las condiciones de mayor explotación.

Solamente desde esta perspectiva intelectual es como resulta posible encontrarse en la actualidad con aquellos sectores sociales que más prioritariamente reclaman un programa de lucha contra las desigualdades. El hecho de que el Congreso haya considerado destinatarios prioritarios de su interés programático a los jóvenes y a las mujeres es un síntoma de renovación y de sentido de la realidad. La mayoría de los jóvenes contempla cómo la organización social que han recibido se desarrolla al precio de marginarlos forzosamente del sistema. Por tanto, en los jóvenes puede despertar expectativas un proyecto de igualdad y solidaridad que promueva medidas orientadas a la incorporación de aquéllos a la vida de la comunidad, a mejores posibilidades de educación y cultural, al sistema productivo, a unas condiciones de ocio creativas y no alienantes. La apuesta por los jóvenes hecha por el Congreso constituye un desafío considerable que pondrá a prueba no sólo nuestra creatividad e imaginación, sino, ante todo, la credibilidad futura de nuestros compromisos.

Por otro lado, el desarrollo social ha transformado en una evidencia la existencia de desigualdades intolerables por razón del género. Como consecuencia de ello, las acciones contra la discriminación de la mujer se han convertido en un elemento prioritario de la identidad del socialismo y de todo programa de izquierdas. Así lo ha entendido el Congreso; incluso,

Este Congreso se ha transformado en una buena prueba para la voluntad y el crédito político-moral de los socialistas.

como es bien conocido, ha establecido medidas de carácter reglamentario para ir achicando esa discriminación en el seno del propio partido. Pero para que eso no quede en un gesto puramente ritual y de consumo interno se requiere, al mismo tiempo, que ese impulso se traslade a la realidad social y que, por tanto, la acción del Gobierno sea paradigmática a la hora de promocionar cuantas medidas positivas se encaminen a remover los factores de desigualdad por razón del sexo arraigados en las estructuras sociales y en los hábitos comunitarios.

Este Congreso, como he querido subrayar a través de estas páginas, ha sido, ante todo, un Congreso que, cerrado un ciclo del pensamiento de izquierdas, comienza a aventurarse hacia lo nuevo, que es también lo desconocido. Aún queda mucho que hablar sobre el porvenir de la izquierda y conviene acostumbrarse a asumir el riesgo de equivocarse —la izquierda debería, definitivamente, hacerse a la idea de que no hay otro procedimiento para progresar que el de *trial and error*—. El peligro que acecha a la izquierda en esta circunstancia es el de renunciar al esfuerzo y entregarse a la pereza intelectual en cualesquiera de sus formas, ya sea el fundamentalismo o la perversión pragmatista; y eso en la práctica significa renunciar a ser verdaderamente de izquierdas hoy. Pero, una vez situados en esta parte de la orilla, y habiendo abandonado una re-

tórica anacrónica y la formulación de objetivos imposibles, no existe coartada para no ser moralmente políticos. En concreto, en este Congreso se han fijado compromisos realizables, un horizonte de objetivos e instrumentos razonables y factibles. No ha sido, pues, una vez más, el Congreso de la mala conciencia, sino el de la conciencia posible. De ahí que la rentabilidad se haya multiplicado. En primer lugar, porque los objetivos programáticos definidos en el Congreso sitúan al PSOE ante una ocasión única, y malgastarla significaría no sólo arruinar un proyecto de izquierdas factible, sino dilapidar la oportunidad de

que la sociedad española se suba, por fin, al tren del futuro. En segundo lugar, porque, si el PSOE frustra las expectativas que se diseñan en este Congreso, convirtiendo sus resoluciones en papel mojado, se agotaría, de una manera casi irreversible, la credibilidad de la sociedad española en la acción política como instrumento de transformación progresista y de implantación paulatina de un proyecto de emancipación. Sin duda, éste ha sido un buen Congreso, pero se ha transformado, a partir de ahora, en una buena prueba para la voluntad y el crédito político-moral de los socialistas españoles.